

**ORTIZ, CECILIA. (2006). DAÑOS ESPIRITUALES. CARACAS: BID&CO. EDITOR  
C.A.**

Daniel Torres  
Universidad Central de Venezuela  
dani\_torres@hotmail.com

*Y tu respiración será mi nombre.*  
Cecilia Ortiz

Cómo atravesar el espacio que existe entre el amor y la muerte sin ser afectados por estos *daños espirituales* que nos propone Cecilia Ortiz. Ese espacio que la poeta alude se trata de uno habitado por la ausencia del ser amado, el amado ido, el amado muerto:

Lágrimas  
en el silencio de tu ausencia  
delibero nuestra historia  
¿Y qué somos ahora  
cuando el amor  
no nos sostiene?  
que aproximación a la distancia  
nos encontrará de nuevo  
desprendidos  
enamorados (p. 36).

Sólo la pasión es quien puede llenar el espacio de la ausencia. Pero la pasión desmedida gasta, rompe la voluntad del apasionado y éste termina amando la sombra de todo recuerdo: “Te volverás pequeño / en mi imaginación / donde ya te has puesto en peligro” (p. 33).

*Daños espirituales*, poemario que abre el volumen que presentamos, se escribe desde la conciencia del perdedor, de aquel para quien perder es un oficio. Es la pasión de amar lo perdido, de no dejarlo ir pero tampoco de dejarse ir tras él. Hay que saber vivir con el quebranto que nos produce la pérdida y desde allí afrontar el resto de la vida, cargando con todas las lesiones.

“He muerto / No molesto a nadie / Por fin dejo respirar” (p. 64). Estos versos abren a manera de epitafio la lectura del segundo

poemario del libro, *Habla la muerte*. Es una muerte que pide la palabra para hablarnos desde su espacio, desde su lugar. Toma la voz de la poeta y se nos acerca para situarnos en una queja que vibra entre lo serio –“Testamento es algo serio, / es repartir todas las cosas a los otros / con un deseo grande: / el dejar lo mejor de sí mismo” (p. 49)– y lo lúdico: “Ya que no tuve un traje fino / por lo menos / quiero una mortaja de firma” (p. 53).

Con una penetrante sencillez de palabra que se vuelve el hilo que recorre los cuatro poemarios (*Daños espirituales*, *Habla la muerte*, y que también contiene la serie *Hablo a mis muertos*, *Invernadero* y la reedición de *La pasión errante*) reunidos en este título; Ortiz nos habla de cómo sería, para ella, ponerse en el lugar de la muerte y abordar desde ahí al hombre, a sus pasiones:

Sepultados en sí mismos  
Los hombres se desconocen  
Derrotados por su falsificación

Lloran sus penas  
Escondidos en sus cuartos  
Dicen  
Dónde estaré  
Dónde estaré (p. 47).

El lector también encontrará en *Habla la muerte* la frase que sentencia, en donde la poeta hace uso del aforismo para mostrarnos su perspectiva (o sólo una parte) de la muerte:

Yo soy mi propia herencia (p. 50).

...

Además de las prisiones aladas de los que mueren,  
están las prisiones de los que se van a otro lugar (p. 54).

...

La pulcritud viene con la muerte (p. 56)

...

La verdadera muerte es la que no se vive (p. 59).

Al final del poemario *Habla la muerte* se encuentra la serie *Hablo a mis muertos*, compuesta por quince poemas dedicados a quince sujetos ausentes. Se trata de quince *espacios* que, habitados por la ausencia, crean en Cecilia la necesidad de rendirles homenaje.

Es así como inicia el homenaje hablando a Paquirri, con el poema “Fiesta Brava” en donde dice: “Vueltas de fiesta / También esperaremos la cornada”; continua con “Homenaje a Nerval”: “Quiero como tú / Mudarme por completo”; a Rodolfo Minumboc “La felicidad veló contigo / la corta vida de los ángeles”; “Elegía, a la memoria de Isabel López”: “Los muertos quedan para entenderlos / a veces para gritarlos”; “Elegía, a Doris Wells”: “Se fue la sorprendida luz / Del escenario”; al joven escultor que un día la deslumbró, Alejandro Sierra: “Me encontré en ti para despedirme”; a Armando Contreras “Supiste callar / Ahora eres poeta”; A Ida Gramcko: “Todos tus amigos rezan poemas”; A José Ignacio Cabrujas: “Sigue la poesía”; “Para mi Hanni”: “Tengo un dolor quebrado / Por tu ausencia”; a Martha Komblith: “Por el abismo que tuvimos / que cruzar para verte”; a Luis Sutherland: “Dijiste que mi corazón era pequeño / Para albergar tantos amores”; A Elí Galindo: “Así es Elí, mueren los poetas”; y por último el poema “Réquiem para Aída”: “Mi cuerpo perdió el equilibrio / Desde que comenzó tu muerte”.

## I

### *Invernadero*

Verde florido que transporta el sueño  
Traspira la hora negra  
El cadáver sale por los huesos  
Cámara transparente  
Quiero que me reciba la tarde

Fluyen las aguas

Vine a reposar vine a morir  
Mi dolor respira  
En el invernadero  
Hace frío  
Atormenta  
Mi mano roza los verdes ardientes  
Me protejo  
Mi alma no resiste esta muerte

Los labios reseco absorben el dolor  
Y veinticuatro horas dura este sufrimiento (p. 85).

Abre así el poemario *Invernadero*, lugar de maduración, muerte y renacimiento constante, día tras día de continuo reverdecer y su opuesto. Siempre fluyen las aguas, incluso las internas, marcando el camino que deja la vida sobre la frágil tierra en donde regamos la semilla.

El invernadero es lugar de reflexión, de inquietante quietud que obliga a replantearse la existencia, como lo hace la poeta cuando nos dice: “Quién soy yo / que se pierde en los enjambres / y comienzo con la palabra” (p. 87), o “Cuánto nos cuesta vivir”, o la ardiente pregunta “Dime por qué se pierde lo querido”. En el invernadero reina la razón: “Temo perderme en esta alegría / que brinda la felicidad / Se parece a la emoción del llanto” (p. 96) y finaliza el poemario con una amarga sentencia: “Poco me ha faltado para ser ave / Paloma torcazavecita asustada / ¿No tendré un destino equivocado?” (p. 105).

Cierra el volumen la reedición del poemario *La pasión errante* (1991) y el cual consta de 32 poemas que hablan sobre la desesperanza del amor perdido, sobre la pérdida total del amor-amante:

## IX

Qué hago ahora que vengo  
del planeta de tus brazos.

No me reciben.

No entienden mi desafuero.

Cambiaron las formas,  
se expanden en llamas.

No se contienen.

Me dejaste una pasión  
que ahora no sirve a nadie (p. 117).

Es ahora la pasión quien toma la palabra, palabra rasgada, palabra pasional y apasionada que busca contenerse dentro los límites que

su interlocutora le da. Palabra que lucha para no desbordarse y entregarse al simple dolor. Se mantiene allí, a la altura del poema que muestra el reclamo dirigido al alma de quién se asoma: “Abrázame. / Sólo la piel restaura lo perdido. / En la oscuridad está el abrigo” (p. 132).

Una metáfora simple para decir lo simple parece ser la manera que encontró Cecilia para llevarnos en esta errancia: “El silencio puro de los ojos / aguardará tu regreso” (p. 115). Esta pasión yerra en un mundo de altibajos, de reflejos de alegría que se asumen como tal, de desalientos, de reflexiones sobre la culpa en la derrota, de pausada asimilación y, por momentos, ganas de reventar: “Extermíname. / Acaso no es este mundo / la dolencia del otro” (p. 124).

Por esto y más, invitamos a encarar estos *Daños espirituales*, a cruzar la geografía marina de la ausencia amorosa, ya que todos tendremos siempre una derrota.